



Diversos caminos de la i-legítima violencia. Su despertar en la adolescencia.

Alicia Abal, Mireya Frioni, Cecilia Romero

Resumen:

El empleo del término adolescencia se remonta a la antigüedad clásica. Aunque con usos sociales y contenidos culturales diversos, esta noción remite en la mayoría de los casos a un período de la vida concebido como potencia y a su vez llamado a ser controlado por el mundo adulto, por percibirse en él algo de lo indomeñable.

En los últimos años y vinculadas a las nuevas realidades macro económicas, sociales y culturales, se observan transformaciones significativas en el tejido social de nuestra sociedad, procesos que afectan las identidades personales y sociales de los sujetos. El desdibujamiento de los mecanismos tradicionales de integración social, introduce fuertemente la incertidumbre en la vida de los sujetos

(Bourdieu, 1998).

La violencia es un término que no pertenece a los diccionarios del psicoanálisis ni de la psicología, es un término incorporado de otras áreas del conocimiento: sociología, criminología, ciencias de la educación. En psicoanálisis, la violencia se ubica en un entramado de nociones: agresividad, odio, dominio, violación, destructividad, etc.

Queremos detenernos “en esa fase “normal” de fogosidad, de vehemencia, de impetuosidad que no se contiene.” La adolescencia, más que una edad, es un tiempo de trabajo, de transformaciones psíquicas y de integración de las transformaciones pubertarias. ¿Qué desencadena la violencia? Podríamos decir que surge frente a un sufrimiento insoportable, ahí donde fracasan las palabras y los pensamientos, “donde la amenaza fantasmática de derrumbe narcisista obliga a tratar mal al mundo exterior” (A. Birraux).

Por su parte, las modalidades de expresión de la violencia en la adolescencia van a depender a la vez de la organización psíquica del sujeto y del medio. El adolescente es propicio a la emergencia de la violencia. Ha perdido sus referentes infantiles, sin haber encontrado aún los apoyos sociales, profesionales y afectivos de la edad adulta. Es particularmente sensible a la imagen de sí mismo que el mundo que lo rodea le reenvía. La excitación pulsional, la fragilización narcisista y la reactividad a los estímulos externos abren la vía a la violencia (Ph. Jeammet).

El cuerpo puede convertirse para el adolescente en un medio propicio para figurar los contenidos intrapsíquicos e intentar ejercer, mediante su exteriorización, un cierto dominio sobre los mismos.

El cuerpo del púber va perdiendo el status de niño e ingresa en una transición hacia su correlato adulto. Aquí es donde se jaquean los referentes estabilizadores de una identidad posible. Las transformaciones corporales se sienten, perturbando al púber.

Tanto los tatuajes como los piercing les proveen de insignias de pertenencia a una comunidad, al menos imaginaria, de seres libres; marca la pertenencia a un grupo, de "ser como otro", y a su vez es la forma de diferenciarse de los adultos. Ello nos lleva a relacionarlo con los ritos de iniciación.

Por eso decíamos en otra oportunidad que en el curso de la adolescencia se instalan conductas corporales desconocidas hasta ese tiempo. Conductas de retracción, de exhibición, de inhibición, por lo general transitorias, pero las vemos como una forma de expresar sus conflictos allí donde las palabras no tienen lugar.

Junio de 2005.